

Primero.—Que no se le sacaron los ojos, como pretende Montucla.

Segundo.—Que no fué puesto en calabozo, como se avanza á decir Bernini.

Tercero.—Que no tuvo cadenas en los piés, como dicen ciertos cuadros de nuestros museos.

Cuarto.—Que no se tocó á ninguna de sus facciones, ni á sus miembros, ni á sus ojos, sino que se tuvieron con él todos los miramientos y cuidados debidos á su jenio y á su salud; que despues de haber ocupado durante el juicio, las habitaciones mismas del fiscal, despues del juicio, se trasladó á la deliciosa villa *Médicis*, en donde fué rodeado durante cinco meses de las atenciones mas delicadas, teniendo por morada el palacio de su mejor amigo Monseñor Piccolomini, arzobispo de Siena, esperando que la peste que desolaba á Florencia le permitiese volver á su patria y entregarse á nuevos estudios.

Citemos aun otros testimonios. Venido de Florencia, llegó á Roma el 15 de Febrero de 1633, y se alojó allí en casa de su amigo Francisco Nicolini, embajador de Toscana. En el mes de Abril se puso á disposicion del comisario del Santo Oficio, «que, segun la expresion de Nicolini, le hizo la acogida mas benévola, y le asignó por morada la propia cámara del fiscal del tribunal. Se le permitió que su criado le sirviese y durmiese cerca de él y que mis criados le llevasen de comer y se volviesen á casa por mañana y tarde.» Tres dias despues de pronunciada la sentencia, el 24 de Junio, el embajador le condujo al jardin de la Trinidad de los Montes llamada entónces villa *Médicis*, ocupado hoy por la academia de Francia. Despues de cinco meses de permanencia en Roma, pasó Galileo á Sienna al palacio del arzobispo Piccolomini, y cuando cesó la peste que desolaba á Florencia, pudo al cabo de tres meses poco mas ó menos volver á la

villa de Arcetri, donde le sorprendió la muerte el 8 de Enero de 1642.

Galileo mismo escribia al padre Receneri, su discípulo. «El papa me creia digno de su estimacion; fuí alojado en el delicioso palacio de la Trinidad de los Montes. Cuando llegué al Santo Oficio dos dominicos con gran finura me dijeron que hiciese mi apolojía. Para castigarme, se prohibieron mis *Diálogos*, y se me ha despachado despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, me asignaron por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Sienna, en donde he gozado de una tranquilidad plena. Hoy estoy en mi posesion de Arcetri, y respiro el aire puro de mi querida patria 1.» ¡Pobre mártir!

Despues de habernos edificado doblemente con la buena fe de ciertos escritores y con la crueldad del tribunal de la inquisicion, dejamos la tribuna de Galileo para ocuparnos de nuestros preparativos de viaje. Esa misma noche debíamos salir para la ciudad eterna. Fiel imájen de la peregrinacion del hombre sobre la tierra, la vida del viajero se resume en dos palabras: llegar y partir. Los pocos momentos de descanso de que está sembrada, no son mas que una fugitiva parada, algunas veces un triste vivac y siempre un campamento. Despues de habernos citado en Roma con nuestros compatriotas alojados en el mismo hotel, subimos al coche... para la capital del mundo. Eran las ocho de la noche.

1 Obras citadas ántes.

1.º DE DICIEMBRE.

Sienna.—Catedral.—Recuerdos de santa Catalina.—De san Bernardino.—De Cristóbal Colon.—Iglesia de Fonte-Giusta.—Establecimiento de mendicidad.—Capilla solitaria.—Idea de nuestro equipaje.—Radicofani.—Recuerdos de Pio VII.

El que exajera miente. Lo mismo que todos los mortales, el florentino no parece excento de este defecto. El fabricante de inscripciones en lápidas y el mercader de cerillos nos habian dado una prueba de ello. A los empresarios de diligencias estaba reservado suministrarnos otra, aunque se debe confesar que en Francia esta última clase cuenta muchos florentinos. Ya quiero que entre ellos la imaginacion guie á la lengua, que engañen sin mentir; pero no es ménos cierto que el viajero novicio, cuya inocencia no sabe disminuir el valor de sus palabras, ó el filósofo cuya severa razon mira la expresion como ecuacion del pensamiento, marchan de sorpresa en sorpresa. Se nos habia prometido, afirmado, jurado que en treinta y seis horas haríamos el trayecto de Florencia á Roma; pues bien, habia en la velocidad una exajeracion de diez horas.

Al despertar el dia estábamos en Sienna. La antigua *Sena Julia*, sucesivamente baluarte de los Etruscos, colonia romana bajo Augusto, república poderosa de la Edad-Média y rival de Florencia, se dibuja graciosamente sobre la pendiente de una verde colina. Sus casas y sus calles en anfiteatro descienden hasta la llanura y dejan ver por completo su fisonomía austera pero agradable. Desde el punto culminante se alza la catedral, una de las mas antiguas y espléndidas de Italia. En su conjunto se remonta al siglo XIII. Sus muros, incrustados de mármol blanco y

negro, su cúpula exagonal, sus esculturas de madera, su pavimento de mosaico, el mas admirable que se conoce, su bóveda azul sembrada de estrellas de oro, sus soberbias vidrieras del siglo XVI, sus bustos pontificales desde san Pedro hasta Alejandro III, sus magníficos libros de coro, con esmalte de oro y azul, tienen con que satisfacer la inteligente curiosidad del artista.

El cristiano no se detiene en esto; su corazon se alimenta con los grandes recuerdos que le trae esta iglesia. El de santa Catalina de Sena domina á todos los demas. No se puede, en efecto, pensar en otra cosa que en aquel ángel de dulzura, de inocencia, de paciencia, cuyo corazon abrazaba todas las miserias públicas y particulares para aliviarlas. Reina de su siglo por el ascendiente de su virtud, Catalina participó, como san Bernardo, de la gloria de tener en sus manos los destinos de la Europa. «La paz, le dijo un dia el papa Gregorio XI, es el único objeto de mis deseos. Pongo este encargo en vuestras manos; os recomiendo solamente el honor de la Iglesia.» Muerta en Roma el 29 de Abril de 1380, á la edad de 33 años, descansa en la Iglesia de la Minerva. Su venerable cabeza fué llevada á Sena, en donde no ha cesado despues de cinco siglos, de ser objeto de los más brillantes homenajes.

San Bernardino de Sena, el muy amado de la Santísima Virgen, se presenta tambien al viajero católico. Nacido el año mismo en que murió santa Catalina, fué destinado por la Providencia á seguir la obra de su gloriosa compatriota. Al contemplar esas figuras celestes, gloria eterna de la ciudad de Sena, el corazon se dilata; pero bien pronto se oprime cuando al salir de la catedral se ven aparecer dos figuras como dos siniestros fantasmas. La Borgoña, que produjo á Bossuet, produjo

á Piron 1. Madre feliz de san Bernardino y de santa Catalina de Sena, dió la vida á Bernardino Ochín, capuchino exclaustro, reformador al modo de Lutero; y á Sócinio, padre de la repugnante secta que lleva su nombre.

El tiempo nos permitió visitar, además de la catedral, la bella iglesia de *Fonte-Giusta*. Allí se encuentra la famosa sibila de Peruzzi, anunciando á Augusto el advenimiento de Nuestro Señor. Rafael mismo no ha excedido á aquella obra maestra. A su lado se vé un *ex-voto* verdaderamente ilustre; es el gran hueso de ballena, el pequeño escudo de madera rodeado de fierro, y la espada consagrada por Cristóbal Colon á su vuelta del Nuevo Mundo, en testimonio de la veneración que desde su juventud había tenido á la *madona de Fonte-Giusta*, cuando estudiaba en la universidad de Sena, y del milagroso socorro que de ella obtuvo en un naufragio. Ciudad piadosa y caritativa, Sena ofrece también á la atención del viajero su hermoso establecimiento de mendicidad. Fundada y mantenida por el jeneroso concurso de los habitantes, esta preciosa casa, que Francia debe envidiar á Italia, recoge á los indijentes válidos de uno y otro sexo; los ocupa durante el día solamente, de las ocho de la mañana á las ocho de la noche, y les da en recompensa el alimento, el vestido, y una corta retribución.

Dejamos á Sena, admirando la bella pronunciación de sus habitantes. Por la primera vez habíamos oído *la lengua toscana en boca romana*.

Como á las nueve de la mañana, á tiempo de bajar rápidamente al fondo de un valle, un agradable espectáculo vino á fijar nuestra atención. A un lado del camino se

1 Poeta francés nacido en Dijon en 1689 y muerto en París en 1773, cuya obra maestra es la *Metromanía*, comedia en cinco actos. El mismo de sus escritos le cerró las puertas de la Academia. (N. del T.)

levantaba una pequeña capilla solitaria. Desde su puerta como hasta el medio del camino, estaban piadosamente arrodillados ancianos, jóvenes, mujeres y niños; un sacerdote decia la misa en el templo campestre. Semejantes á los israelitas, habitantes del desierto que precedían á la aurora para recoger el maná, celeste viático de su jornada, aquellos buenos aldeanos, hijos de aquel que alimenta á los pajarillos de la selva y á la humilde yerba de los valles, venían á llamar la bendición sobre su trabajo, y á pedir el doble alimento necesario, del alma y del cuerpo, para seguir su viaje hácia la aterna patria. De todo corazón unimos nuestras oraciones á las de aquellos hermanos á quienes no habíamos visto nunca, y que un instante despues ya habíamos dejado de ver, porque el carruaje, imájen fiel del tiempo, nos llevaba entonces con la rapidez del relámpago.

Ved al humilde canónigo que escribe estas líneas, viajando como las testas coronadas, con seis caballos tirando del carruaje, dirigidos por tres posillones con vestidos de colores. En la llanura éramos dignos de ver; no sucedía lo mismo en las montañas. Dos bueyes de refresco, de color gris, con cuernos desmesuradamente largos, venían á prestarnos su útil servicio. Estos pacíficos cuadrúpedos, que conducían un campesino como si fueran osos, con una cadena que les pasaba por las narices, daban á nuestro equipo la fisonomía real de que habla Boileau en aquello de: *Quatre bœufs attelés, d'un pas tranquille et lent, Promenaient dans Paris le monarque indolent.*

Cuatro bueyes enganchados, con paso tranquilo y lento, Pasaban por París al monarca indolente;

De todos modos, si nuestro tren hubiese atravesado alguna de nuestras ciudades de Francia, todo el mundo se hubiera apiñado en las ventanas para verlo pasar; y sin duda ninguna, se nos habría tomado

por príncipes ó por charlatanes. Sin embargo, gracias á Dios, no éramos ni uno ni otro. ¿Cuándo, pues, aprenderemos á no juzgar por las apariencias?

Obligados á subir y á bajar continuamente, al fin llegamos en la tarde á Radicofani. Esta aldea, mal edificada, en medio de las rocas, sobre una cima de los Apeninos, dominando en 2,515 piés al nivel del mar, ocupa el cráter de un antiguo volcan. Las laderas y el vértice de la triste montaña están cubiertas de capas de lava sobrepuestas en el mayor desorden. Nada hay tan desolado como aquella tierra, en donde el rocío del cielo y los sudores del hombre, no han podido hacer crecer ni la menor planta. Durante diez horas de camino, habíamos tenido el mismo espectáculo, lo cual nos obligó á terminar nuestra jornada por el refrán que todo lo justificaba entonces:

Tout ne m'a pas séduit dans la belle Italia.

No todo me ha seducido en la bella Italia.

No obstante, habíamos hecho mal en quejarnos. ¿Pues qué el venerable Pio VII, violentamente arrancado de su palacio, despojado de todo, sin dinero y sin ropa, encerrado con llave en un coche, conducido como si fuese un malhechor por los jendarmes del imperio, no había recorrido ese mismo camino durante los abrasadores calores de Julio? ¿No habíamos visto el funesto lugar en que habíase volcado el coche? ¿No íbamos á bajar al mismo albergue, al mismo cuarto en que el augusto prisionero había descansado sus miembros devorados por la fiebre? Despues de un descanso de algunas horas, volvimos á emprender nuestro camino á través de las montañas.

1 Vida de Pio VII por Artaud, t. 1, pág. 230.

2 DE DICIEMBRE.

Belarmino.—Pontecentino.—Acqua pendente.—Bosenal.—Milagro.—Montefiascone.—Anécdoto.—Recuerdo del cardenal Maury.—Via Casiana.—Lago Naviso.—Viterbo.—El B. Crispino.—Santa Rosa.—Monterosi.—Aparición de la cruz de san Pedro.—Campo romano.—Puente Molle.—Entrada á Roma.

De las tristes poblaciones recorridas la víspera, había salido sin embargo un hombre, cuya gloriosa y santa memoria regocija al mundo católico. A dos leguas del camino, hácia la izquierda, aparece Monte Pulciano; patria del inmortal Belarmino, gloria del sacro colejio, honra de la compañía de Jesus, azote de los herejes, y campeón de la Iglesia en el siglo XVI.

Más allá de Radicofani sigue el camino haciéndose muy difícil. Trazado sobre la cima, ó á un lado de las montañas, atraviesa una profunda barranca desierta, animada por el ruido de los torrentes, rodeada de bosques y de rocas que forman el imponente límite de la Toscana y de los Estados pontificios. En la orilla opuesta se encuentra Pontecentino, la *Sentina* de los romanos. La Aduana examinó severamente nuestros libros y papeles. Una suma de santo Tomas *contra jentes*, que yo tenía en mi maleta, ocupó largo tiempo al jefe del puesto. No me quejé de ello. Nada me parece más social que esas precauciones en apariencia minuciosas, para no dejar pasar ninguna obra mala. No es porque Roma tema las luces, nó, sino porque teme la peste; y ¿qué peste más peligrosa que un mal libro? Ahora bien, ¿cuipo alguna vez en el pensamiento de un hombre racional, vituperar á un gobierno, amenazado de una enfermedad contagiosa, porque estableciese en sus fronteras cordones sanitarios? Despues de haber pasa-

do el hermoso puente de la Paja, se llega á la pequeña ciudad de Acquapendente, notable sólo por la posición que ocupa sobre una altura escarpada. Cuatro leguas más distante costeamos con la claridad de la luna el delicioso lago de Bolsena, cuyas anguillas tuvieron el honor de ser cantadas por el Dante, y los primeros albos del alba iluminaron nuestra entrada en Bolsena.

Esta población de mil almas, es la antigua *Vulsinii*, una de las doce lucomonias ó capitales de los etruscos. Salud á *Vulsinii*, salud á sus ruinas, salud á sus dos mil estatuas, nobles obras maestras de un arte que ya no existe y que fueron presa de los romanos; salud á su pueblo, tan célebre por sus valerosas luchas contra los hijos de Rómulo; pero salud sobre todo al Dios de bondad que ha inmortalizado esa ciudad, revelando por un brillante prodigio su presencia real en la augusta Eucaristía. El viajero cuida de no olvidar este memorable acontecimiento perpetuado en todas edades, por todas las partes del mundo, con una solemne fiesta.

A mediados del siglo XIII, el papa Urbano IV se hallaba con todo el sacro colegio en Orvieto, cerca de Bolsena. En esta última ciudad, un sacerdote, al celebrar el santo sacrificio en la iglesia todavía existente de santa Catalina, dejó caer por descuido algunas gotas de la preciosa sangre sobre el corporal. Para hacer desaparecer las señales de este accidente, pliega y repliega el lienzo sagrado, de modo que pudiera restaurar la sangre adorable. Extiende de nuevo el corporal, y se encuentra con que la sangre ha penetrado por todos los pliegues y ha impreso por todas partes la figura de la santa hostia, perfectamente dibujada, con colores de sangre. Por orden del soberano pontífice, el lienzo milagroso se trasladó solemnemente á Orvieto, y se le guarda hoy con un profundo

respeto en la catedral ¹. El relicario que lo encierra es una obra maestra de platería, adornado con pinturas de esmalte; y la catedral misma, edificada en memoria del prodigio, es uno de los más espléndidos y antiguos monumentos del arte en Italia: data de 1290. Este milagro fué uno de los motivos que, en 1262, determinaron al mismo pontífice á instituir la solemnidad del Corpus. Bolsena enseña todavía en su humilde iglesia el lugar en que corrió la sangre, y que está cubierto con una rejilla. Después de atravesar un país plano y mal cultivado, se llega muy pronto á ver á Montefiascone, el *Mons Faliscorum*. Esta pequeña ciudad, agradablemente situada sobre una colina, cuya pendiente es suave y fértil, domina una inmensa llanura, afamada por su vino. A propósito de esto, no hay un habitante del país ó un viñero que no os refiera la siguiente anécdota conocida por todos los viajeros. Un rico alemán venia de Roma, y volvía á su país. Gran aficionado al buen vino, había dado orden á su criado de gustar el de todos los hoteles que se encontrasen en el camino. El amo aguardaba en su coche el resultado de la experiencia, y la calidad del vino le decidía á bajar ó á seguir su camino. Si el vino era bueno, el criado tenía orden de informar á su señor con la palabra *es*. ¿Era de una calidad superior? él debía decir: *es, es*. En fin, ¿era excelente? debía decir: *es, es, es*. Pues bien, el *moscato* de Montefiascone es encontrado digno de los tres *es*. El gastrónomo alemán hizo con él tan copiosas libaciones, que murió de ellas. Para inmortalizar este hecho, tan honroso para el vino de Montefiascone como humillante para el viajero *tudesco*, se ha grabado sobre su tumba, que podéis ver en la iglesia de san Flavio, la siguiente inscripción:

¹ San Antonio, tercera parte, tít. 19, c. 13. par. 1.

EST, EST, EST,
ET PROPTER NIMIUM EST
JOHANNES DE FUGER
DOMINUS MEUS
MORTUUS EST.
ES, ES, ES,
Y POR SERLO EN TAN ALTO GRADO
MURIÓ JUAN DE FUGER
MI AMO.

Montefiascone encierra otro recuerdo de un orden muy diferente. Defensor del clero, y antagonista de Mirabeau en la Asamblea constituyente, el célebre abate Maury fué obispo de esta ciudad, y para su gloria debería haberlo sido siempre. ¿Cuán débiles somos los mortales; el vino hizo perder la vida al uno; la ambición hizo enloquecer al otro!

A alguna distancia de Montefiascone, á la derecha del camino, se ve un estrecho de la vía Casiana con los restos algunos tan conservados de los Baños del Cónsul Mummius Niger Valerius Vigillus. No lejos de esas ruinas está el lago Naviso, que se pretende que es el antiguo *Vadicum* de los etruscos. En aquellas desoladas orillas expiró en una célebre batalla contra los romanos, la antigua nación de los etruscos, reducida desde aquella época á la triste condición de municipio.

En dos horas de marcha se llega á Viterbo, la ciudad de las bellas fuentes, situada al pié del monte Cimino, el antiguo *Ciminius*. Rodeada de altas murallas y flanqueada por torres, ofrece un agradable golpe de vista, y cuenta 20,000 habitantes. Entre sus glorias conviene colocar en primera línea al bienaventurado Crispino, pobre padre capuchino, que durante cuarenta años ejerció, con una humildad y una santidad heroicas, la penosa función de hermano limosnero del convento. Hablaré más tarde de este ilustre hijo de Viterbo, cuyo cuerpo divinamente preserva-

do de toda corrupción, es hoy uno de los milagros de Roma. Vimos con tierno interés la bella iglesia y convento de los Dominicos *di Gradi*. Allí estaban, en calidad de novicios, muchos de nuestros compatriotas jóvenes, de alta esperanza, lo selecto de esa nueva jeneracion que en el seno de nuestra patria hace esfuerzos por romper los capullos de incredulidad y de sensualismo en que estuvo envuelta su infancia. ¿Cómo no aplaudir su noble empeño y formar los más ardientes y sinceros votos por el buen éxito de su apostólica empresa?

El convento de santa Rosa ofrece á la veneración del cristiano, el cuerpo intacto de esa heroína del siglo XIII, muerta á los diez y ocho años, no ménos querida en su país por su abnegación sublime que por sus angélicas virtudes. Entre los esplendores artísticos de la iglesia de la *Quercia* aparece la estatua milagrosa de la Santísima Virgen, sobre el antiguo roble en que se encontró suspendida. Allí, como en todas partes, numerosos *ex-voto* dan testimonio de la poderosa bondad de la Madre de las Gracias y del reconocimiento de las jeneraciones cristianas.

A pocas leguas de Viterbo está la aldea de Canino. Se ha hecho célebre por la retirada de Luciano Bonaparte, y por las felices excavaciones que han conducido al descubrimiento de una multitud de vasos, jarrones y estatuas etruscas: cuya aparición es una revolución arqueológica.

¿Cuál es aquella graciosa y pequeña ciudad rodeada de álamos nuevos, que se asemeja á un oasis en medio del desierto? Es Monterosi. Hé aquí la vía de Perugia que se une con la de Roma, y aquella es la vía Casiana, que anuncia la cercanía á la capital del antiguo mundo. A vista de aquellas anchas lozas, cortadas por manos romanas, los recuerdos vienen en tropel; el alma comienza á conmoverse. Se oye el

paso rápido de las lejonas romanas yendo á las extremidades del mundo á plantar el estandarte de los Césares, ó volviendo cargadas con los despojos de las naciones vencidas. Despues se ve que acuden los Godos, los Hunos, los Vándalos, todos aquellos enjambres de bárbaros que conocieron tambien el camino de Roma: temibles peregrinos que vinieron á buscar en conjunto las riquezas que los romanos habiau tomado poco á poco. Ahora, al enlozar aquella hermosa vía, Casio no creia que allanaba el camino á los vencederos de su patria; y ménos sospechaba que facilitaba á los conquistadores evangélicos el medio de volar á sus nobles conquistas. Y nosotros, romanos del siglo XIX, dados enteramente á la locomotiva, ¿conocemos el misterioso porvenir de nuestros caminos de fierro y de nuestros buques de vapor? La mano que los crió no tiene otro fin que hacerlos servir á intereses puramente materiales; pero en las miras superiores de la Providencia ¿no serán los medios de acelerar y realizar en una escala inmensa la doble unidad del bien y del mal, anunciada para los últimos tiempos? Hoy, como ántes, el hombre se ajita y Dios le conduce.

En estas meditaciones estaba, cuando llegamos á las alturas de Baccano. Repentinamente un grito de alegría, el grito del marino que descubre la tierra, el grito del desterrado que saluda el suelo de su patria, el grito del peregrino que percibe á Jerusalem, salió espontáneamente de la caravana: ¡san Pedro! ¡la cúpula de san Pedro! Y todo el mundo se detiene, se prosterna y saluda con transporte la cruz triunfante que domina el más hermoso monumento levantado por el genio de los pueblos occidentales. Este espectáculo que resume á mi vista toda la historia del mundo, me produjo una especie de estremecimiento que me fué muy grato sentir, pero

que ahora me es imposible explicar. Quise saber la fecha precisa de esta solemne aparicion. Al subir al coche habíamos anunciado á nuestros amigos de Francia que dentro de un mes estaríamos en Roma. Miré mi reloj; señalaba las tres ménos veinte minutos, era el dia 2 de Diciembre. Un mes habia corrido, dia por dia, minuto por minuto, desde nuestra salida de Nevers.

Por poco cristiano que uno sea, comprende que pone el pié sobre una tierra santa, y el alma quiere orar. Abrí mi breviario, y por una feliz coincidencia me tocaba rezar las primeras vísperas de san Francisco Javier, cuya fiesta era al dia siguiente. ¡Con qué gusto me asocié á aquel ilustre peregrino que tambien habia venido de Francia á Roma, y que probablemente habia seguido la vía Casiana, y acaso saludado desde el mismo punto que nosotros á la ciudad eterna!

En Baccano comienza el campo romano; el ruido del mundo ha cesado: nada de habitaciones ni campos cultivados; estais en las fronteras del desierto. Delante de vosotros se extiende una llanura sin límites, en donde andan errantes acá y acullá algunos pastores que siguen lentamente, apoyados en sus largos callados, á los rebaños de cabras y de ovejas; una tierra removida, accidentada, excavada, sobre la cual aparecen, de trecho en trecho, como los huesos emblanquecidos sobre un viejo campo de batalla, pedazos de mármol blanco, despojos de columnas, frisos rotos, tumbas arruinadas, por todas partes la imájen de la muerte. En efecto, aquella desolada llanura, que en otro tiempo fué el trono de la antigua Roma, es hoy su tumba. Y esa tumba, tantas veces secular, no ha permitido la Providencia que desapareciese bajo la mano del cultivo y de la industria. Es necesario que permanezca á la vista de las jeneraciones como un doble monu-

mento del terrible poder de aquella Roma pagana, prevista por Daniel bajo la figura de una bestia gigantesca, terror del mundo, que hacia rodar bajo sus piés de bronce todo aquello que sus dientes de fierro no habian pulverizado 1, y del poder aun más grande de Dios que la habia reducido á aquel estado. El inmortal testimonio de la victoria completa aquel cuadro tan lleno de melancolía y de majestad: sobre aquella vasta tumba, en el centro de aquel inmenso panorama de ruinas, Roma cristiana aparece tranquilamente sentada, radiante de juventud y de belleza. Estos y otros muchos pensamientos que parecen nacer del suelo, preceden y preparan la entrada del viajero católico á la ciudad eterna.

Entre las ruinas que rodean el camino solitario, se distingue el sarcófago de Publius Vibius Marianus y de su mujer Rejina Máxima. Solo un error puede hacer que se le tome por el mausuleo de Neron: el primer perseguidor del nombre cristiano, no tiene ni una tumba. A las cinco, descubrimos el Tíber iluminado por los últimos rayos del dia; es siempre el rio de amarillentas olas, el *fluvius Tiberis* de Virjilio. Se nos mostraba delante el *Puente Molle*, coronado de su vieja torre perforada á manera de arco de triunfo. ¡Qué de recuerdos suscita el antiguo monumento, uno de los más históricos del mundo! Vió al pueblo romano que acudia delante de los correos que le llevaban la noticia de la derrota de Asdrubal; á Ciceron, haciendo arrestar á los enviados de los saboyanos cómplices de Catilina; á Constantino, librando la sangrienta batalla que lo hizo señor absoluto del imperio, y al paganismo occidental, pereciendo en el Tíber con Maxencio, como el paganismo oriental espiró poco más tarde con Juliano el Apóstata en las llanuras de Persia.

Dejando á la derecha el Monte-Mario,

1 Daniel, c. 7. 19.

y á la izquierda el Monte-Pincio, se pasa cerca de la bella rotonda de san Andres, monumento del reconocimiento de Julio III; y muy pronto se entra á Roma por la puerta del Populo, ántes la puerta Flaminia. Miéntas que los agentes de la aduana y de la policía cumplan sus deberes, nosotros saludábamos á la cruz que domina el obelisco de Augusto, y ántes de las siete ya estábamos instalados en el hotel de Francia, *Palacio-Conti*.

3 DE DICIEMBRE.

Idea de nuestro itinerario en Roma.—Visita simultánea de Roma pagana y de Roma cristiana.—Visita particular de Roma cristiana.—Visita á las cercanías de Roma y á las Catacumbas.

Nuestra primera noche en Roma nos regaló con un constipado bastante bien acondicionado, para condenarnos á un encierro de cuarenta y ocho horas; pero *no hay mal que por bien no venga*. Aprovechamos esta inoportuna detencion para fijar definitivamente nuestro itinerario en la Ciudad Eterna. Hé aquí la direccion que fué adoptada y que hemos seguido.

Roma es el punto de concurso de los dos mundos, el mundo pagano y el mundo cristiano. Allí se encuentran dos ciudades, y so pena de ver mal ó de no ver nada, es preciso estudiar la una y la otra. Pero estas dos ciudades están de tal manera confundidas y como soldadas entre sí, que es muchas veces imposible separarlas y no abrazarlas en un mismo golpe de vista. Interrogar á ese Juno de doble rostro, cuando se presente á nuestras miradas, hé ahí nuestro primer cuidado. La dificultad está en saber por dónde comenzar: felizmente, la Roma de los papas se divide como la de los césares, en catorce rejiones, que coinciden en muchas partes.